

GRANDES MOTINES DE OBREROS

Alzamiento unánime en favor de ocho horas de trabajo.—Los anarquistas armados.—Gran mitin en Nueva York.—Los policías y los anarquistas.—Espíritu y trascendencia del alzamiento obrero.—El obispo de la Iglesia Metodista conmueve al país con una plegaria por la reorganización social.—Fábricas de bombas.—Libros de crimen.

Nueva York, mayo 16 de 1886

Señor Director de *La Nación*

Jefferson Davis, roído por el dolor de su vencimiento, acaba de pasear en triunfo, a la sombra de sus banderas y por calles alfombradas de flores, las ciudades del Sur que fueron hace un cuarto de siglo fortalezas de la gigantesca rebelión que lo eligió por presidente. Desde aquellos magnos años hasta hoy, no ha habido en los Estados Unidos acontecimientos más graves que los que han manchado de sangre las flores de estos mayos. Lo que se esperaba ha sido.

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas. Se ha visto que, aunque de un modo todavía confuso, y con diversos métodos, están unidos en una misma tendencia y determinación los trabajadores norteamericanos. Es inútil ahorrar números: son 17 400 000.

So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento generales el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y tranvías, no bien tendió a secar al sol de abril su manto lúgubre el invierno; iparece a veces que hay cierta fuerza moral en los rayos del sol!

Se ha visto que, en consecuencia de labores constantes, y sin necesidad de ninguna voz ni dirección fija, todas las ciudades obreras se levantaron en los mismos días con una petición unánime, y este primer estallido de una fuerza que es acaso demasiado vasta y heterogénea, para que pueda echar toda por igual camino, ha revelado, como a la luz de un rayo, el tamaño de la casta triste y enorme que se viene encima, y la negrura de las minas hondas donde las criaturas de destrucción, que se acumulan siempre en las horas de tormenta, socavan con una cordura de locos, los descansos de la fábrica desequilibrada, fábrica de mármol sobre lodo, en que ocupados en la busca de oro viven hoy los hombres.

En Nueva York hubo procesiones, plazas repletas, casas henchidas de policías armados alrededor de las plazas, discursos más encendidos que las antorchas que iluminaban a los oradores, y más negros que su humo: Union Square, que tiene cuatro cuadras de cada lado, era una sola cabeza la noche de la petición de las ocho horas: como un cinto, ceñía la gran plaza, oculta para no excitar los ánimos, una fuerza de policía, pronta a la carga: ¿cómo

no, si se sabe que en Nueva York los anarquistas leen como la Biblia, y compran como el pan un texto de fabricar bombas, bombas grandes, redondas, bombas de lata, bombas cómodas, "graciosas y pequeñas como una pera", bombas de dinamita "que caben en la mano"?: ¿cómo no, si a la luz del día, porque no hay ley aquí que prohíba llevar un rifle en la mano, entran los anarquistas en los lugares donde aprenden el ejercicio de las armas las "compañías de rifleros trabajadores" y no se oye, en las horas libres y en todo el domingo, más que la marcha de pies que se clavan, la marcha terca, continua, firme, una marcha de que nadie se cansa ni protesta, una marcha de gente que se ha puesto en pie decidida a llegar?: ¿cómo no, si todo el este de la ciudad está sembrado de logias de socialistas alemanes, que van a beber su cerveza, y a juntar sus iras acompañados de sus mujeres propias y sus hijos, que llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora de odio en que han sido engendrados?

Pero entre los que azuzan desde las tribunas a los trabajadores la noche de la reunión, no hay sólo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y habla profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas.

En otros lugares, lo traído de Europa, violento y criminal, predomina en el movimiento obrero, y lo mancha y afea: pero en Nueva York, como donde quiera que hay trabajadores, aunque los medios brutales repugnen a la gente de hábitos republicanos, se nota que el alzamiento viene de lo hondo de la conciencia nacional, y que la pasión y la voluntad de vencer están ya, para no dejar de estar, en el trabajador americano.

En la plaza de la Unión hay grandes árboles, y de encima de todos ellos, como un cesto de lunas llenas suspendido en los aires, se vierte por entre las hojas, dibujando en la tierra fantásticos bordados, una atrevida claridad de mundo nuevo. Apiñados en ella, removiéndose, cuchicheando, ondeando, oleando, parecía aquella muchedumbre de gente ciclópea, la gran taza encendida donde se transforma en una noche luminosa, el universo.

Acá se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto.

¿Qué quieren? Un día es más salario; otro día es más respeto; otro día, como ahora, quieren que las horas de trabajo no sean más que ocho, no tanto para que pueda entrar alguna luz por el alma en las horas de reposo, como para que se vean obligados los fabricantes a emplear a los obreros que hoy no tienen faena; pero todas estas demandas son formas y peldaños: ha llegado ya a condensarse en acción la plenitud de amargura y encono en que su vida infeliz y desesperada tiene a la pobre gente de trabajo: ya han llegado los organizadores, los administradores, los filósofos y vulgarizadores, el ejército, en fin, que realiza las grandes reformas; unos empujan, otros maldicen, otros contienen, otros sujetan la

acción mientras encuentran el remedio; pero ya todos obran.

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho y quieren llegar a la reorganización social por el crimen, por el incendio, por el robo, por el fraude, por el asesinato, por "el desdén de toda moralidad, ley y orden"?

Ese es, en este instante, el problema trabajador, tal como queda deslindado, después de estos sucesos, en los Estados Unidos.

¿Las prácticas de la libertad habrán enseñado a los hombres a mejorar sus destinos sin violencia? Parece que sí: parece que el ejercicio de sí mismos, acá donde es perfecto, ha enseñado a los hombres la manera de rehacer el mundo, sin amenazarlo con su sangre.

Dos cosas hay que son gloriosas: el sol en el cielo, y la libertad en la tierra.

La verdad es que, por todo lo que se ve, esos motines de Chicago, esos voceos de socialistas, esos ejercicios en patios y túneles, esas odiosas violencias, son como salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda. Acá se ve que la opinión en masa, la prensa misma de los capitalistas, iqué más, la iglesia misma, la iglesia protestante! acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco del mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras.

El obispo de la iglesia metodista, una iglesia robusta y protegida por gente de caudales, envía a los templos de su credo una pastoral que causa en el país una emoción profunda:

"Basta,—dice: este edificio donde vivimos es un edificio de injusticia: esto no es lo que enseñó Jesús, ni lo que debemos hacer los hombres: nuestra civilización es injusta: nuestro sistema de salarios, asilos y hospitales ha sido sometido a prueba y ha fracasado.

Repugna al orden de la razón que unos tengan demasiado y otros no tengan lo indispensable. Lo que está hecho así, debe deshacerse, porque no está bien hecho. Salgamos amistosamente al encuentro de la justicia, si no queremos que la justicia se desplome sobre nosotros. Por Cristo, y por la razón, esta fábrica injusta ha de cambiarse. ¡Rico, tú tienes mucha tierra! ¡Pobre, tú debes tener tu parte de tierra!"

Esas palabras, que condensan las de la pastoral, han sacudido la atención, porque no vienen de filántropos desacreditados, ni de gente de odas y de libros, sino de un gran sacerdote, de mucho seso y pensamiento, que tiene una iglesia de granito con ventanas de suaves colores, y ha pasado una vida majestuosa en el trato y cariño de los ricos. ¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres!

Pero esa bondad sacerdotal, que acá no ha sido oída ni con asombro ni con escarnio, ese sorprendente acercamiento del representante de una iglesia al reformador más sano e ingenuo que estudia hoy el problema del trabajo, a Henry George, no alcanza a excusar, sino que condena, como condena George mismo, a los que afean la marcha victoriosa del espíritu humano con violencias y crímenes innecesarios en un país donde hora a hora, desde todas las tribunas, pueden decir los hombres lo que quieren, y juntarse para hacerlo.

¿Que no puede la mayoría trabajadora convencer a la minoría acaudalada de la necesidad de un cambio? Pues no tiene la capacidad de gobernar con justicia, y no debe gobernar el que no tiene la capacidad de convencer. El gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano, y sólo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza.

No: en eso ha Estado la nación unánime. Se ha concedido el derecho a errar de las agrupaciones de obreros, que comienzan, desde su ignorancia y dolor, a organizarse: se empieza a conceder que el sistema de distribución equitativa de los productos de la industria debe reemplazar al sistema de salarios: se reconoce casi generalmente la necesidad de reconstituir la nación sobre bases que no impidan, como las de ahora, el desarrollo armonioso y mejorante de todos sus elementos: se confiesa que no es por cierto irrevocable un sistema social que, a pesar del pleno ejercicio de la libertad humana, lleva al odio, al desequilibrio creciente, y a la guerra entre los habitantes de un país libre, generoso y rico: se presiente sin miedo, y casi se saluda con cariño, la llegada de la era del trabajador; pero opinión, gobierno, prensa, clero ¡qué! el trabajo mismo, se levantan contra las turbas de fanáticos que, en vez de emplear su fuerza en rehacer las leyes, fortalecen y justifican las leyes actuales con el espanto que inspiran sus crímenes.

Lo mismo artesanos que banqueros, lo mismo el gran maestro de los Caballeros del Trabajo que los capitalistas del club famoso de New York Union League, lo mismo los gremios aislados de obreros americanos que los diarios de los magnates de las bolsas, abandonan a la ira pública y a la ley a los que con su odio insensato a las instituciones que merecen, puesto que no las saben vencer en paz en un país libre, retardan la reforma de la constitución industrial, que entraña la del hombre mismo, por la alarma justa de la opinión pública sin la que es imposible la victoria.

Ni la policía, ni los jueces, ni el gran juzgado, que es la opinión general, perdona a los que han ensangrentado a Chicago, ni a los que los imitan.

Los caudillos anarquistas están presos: a uno, a Most, lo halaron por los pies de debajo de una cama.

Las imprentas se niegan a poner en sus prensas los diarios anarquistas. Acá, donde hay flores para los asesinos condenados a morir, no ha habido una muestra de simpatía para los anarquistas presos. Los oradores y escritos que convocaron a las armas a la

muchedumbre en Chicago, y presidieron a su crimen, serán probablemente acusados de homicidio ante el jurado.

La policía ha recogido en mucho antro, en casas arrinconadas, en cuartos oscuros, que hacían de hospitales de sangre, en trincheras y cuevas subterráneas, vagones enteros llenos de fusiles, cajones de cápsulas, depósitos de dinamita y glicerina, moldes de bombas, bombas "graciosas y pequeñas como una pera", cerros de periódicos y circulares que llaman a crimen, libros anarquistas empastados en cuero rojo, pruebas de una red vasta de fábricas de dinamita y logias organizadas que la consumen, documentos que demuestran que una de sus prácticas es la de incendiar sus casas aseguradas para cobrar en provecho del Tesoro anarquista el precio del seguro: mucha sustancia extraña se ha encontrado, que estalla al sol y al choque, mucho texto donde se enseña, por diez centavos, el modo de incendiar y de matar.

¡Al más noble de espíritu, da arrebatos de ira esta perversión de la naturaleza humana!

Ha habido en todo el país, aun en la gente de alma apostólica, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia.

(Concluirá)

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 26 de junio de 1886